

destinado á padecer por tí; pero ahora que está triunfante en los cielos, no lo desampares, pues sabes que quiere tu compañía, para hacerte eternamente feliz: tu mismo eres el interesado, para no dejar á Jesus: búscalo, pues por medio de tu reconciliación á la gracia; deja de acompañar á Lucifer; yo te lo suplico por estos mismos Dolores, que estoy padeciendo por tí. ¿No me escucharas? ¿seré despreciada de tí? No lo creo: esto seria señal de que ya me aborrecias: soy tu Madre, y vuelvo á suplicarte que huyas del pecado, y busques á mi Hijo, pues estoy pronta á conseguirte el perdón.

RESPUESTA DEL PECADOR.

¡Ay madre de mi alma! ¡cómo es posible, que continúe yo en mis culpas, por las que desamparé á tu amable Hijo, que solícito de mi bien, tanto tiempo hace que me ha buscado, no obstante, que yo fui el infame, que lo arrojé de mi corzaon por admitir en él una pasión abominable? ¡Ay dulcísima María! á vista de esta maldad, ¡quién me diese a mí el color y las lágrimas de un Da-

vid, de una Magdalena, y de todos los verdaderos penitentes para llorar mis culpas. ¡Oh! ¡quién no hubiera ofendido a vuestro Hijo! ¡Ah, corazón mio! ¿y cuando reventarás de dolor? ¿cuando mis ojos serán fuentes de lágrimas, para llorar mi desgracia? Contra mi buen Dios y Padre he pecado. ¡Ah! yo soy el que ha sabido vivir mal y deleytarse en sus ofensas, ¿y he de ser ahora el ingrato, que ni sepa ni quiera llorarlas? No, Señor de mi alma, ablandad este mi corazón de piedra con el torrente de tus lágrimas, pues esta es la gracia, que con especialidad te pido en este santo Ejercicio. Amen.

Meditacion para el sexto dia.

A LMA mia, ¡quién creyera, que el amor de Jesucristo para con el hombre, habia de ser la principal y sexta circunstancia, que agravaria los Dolores de su afligida Madre? ¡Es creible que á tal extremo le haya conducido su ternura para con la criatura débil y miserable? ¡quien lo creyera! Pero éllo es cierto. La dul-

ce María se recoge dentro de su angustiado corazón, á examinar la causa de los Dolores de su Hijo, y mediante su sublime ciencia, no encuentra otra, sino el amor de este para con el hombre. Ella esta cierta que por sus propios pecados no ha sido puesto el Salvador en tan cruel patíbulo; pues reconoce que es imposible, siendo Jesucristo el santo de los santos, y la santidad esencial, el que haya incurrido en el menor defecto. Ella penetra que su hijo, no padece, por que de esto dependa su gloria, pues sabe que el mismo es la bienaventuranza esencial de los dichosos cortesanos, su gloria y su corona; sin que ésta dependa de la vil criatura, incapaz de alcanzar por sí, ni aun su felicidad propia. Ella conoce que Jesus, no puede padecer, para de este modo realzar su Magestad; pues solo encuentra, que por esta causa, ha sido abatida su grandeza, y tratada con la mayor ignominia su soberanía; en una palabra, ella recorre de este modo por todas las causas que pudieron tener n flujo en la Pasion del Redentor, y halla que ninguna de ellas puede ser el motivo de sus tormentos, sino los

jastes de él, y te fuistes tras la vanidad.

violentos impulsos de su amor para con el hombre. Y á vista de esto ¿le qué ternura y lágrimas, no se llenaria esta Señora? ¡Ay! á mí me parece que la oigo en estas circunstancias preguntar al dulce objeto de su voluntad: Hijo mio, ¿que cosa es el hombre, para que así lo engrandezcas y pongas hicia él tu corazón? ¿Es posible que tanto lo ames, que quieras padecer por su amor tan indecibles tormentos, de los que soy participante? ¡Ah! quién creyera, que no habiendo querido padecer ni encarnar por los Angeles, Espiritus puros y sublimes, te veas en este estado por el hombre pecador é ingrato? ¡Ah! con ¡qué áncia viéndolo en la cruz, le preguntaria, mejor que en otro tiempo San Bernardo, cuando lo meditaba en el pecebre: *¿Unde te tranxit amor?* Hijo de mi alma, ¿adónde te ha arrastrado tu amor. ¿Yo veo que tu lecho es un duro madero, tu descanso tres clavos, tu alivio las espigas, tus vestiduras la desnudez, tu sustento la hiel, y tu reposo la muerte: *Unde te tranxit amor?* adonde te trajo el amor? ¡Quién creyera que desde el Trono de tu gloria, habias de bajar á la infame tierra, á

ce María se recoge dentro de su angus-

tener por trono una cruz, por compañeros á los ingratos judíos, y por adoradores á unos verdugos, que se burlan de tu grandeza! A vista de este abismo de desprecio en que te hayas, yo me lleno de congoja, me conceptuo por la mas desgraciada de todos los vivientes, y no puedo menos de quejarme de la infame criatura que te ha arrastrado á tan miserable estado. Hombres ingratos, ¿será posible, que no os ablandeis á vista de unas finezas tan consumadas como las de mi Hijo? Al ver vuestra insensibilidad, solo puedo deciros, que el amor para con Jesus me desfallece, así como el que éste os tiene le quita la vida en medio de los mayores tormentos.

REFLECSIONES Y AFECTOS.

A Y Madre amada! ¿seré tan desgraciado, que no me muevan á dolor mis culpas, viendo á mi Jesus muerto en una cruz, con tan terribles tormentos, y todo por mi amor? ¿Es posible que todas las

jastes de él, y te fuistes tras la vanidad

criaturas, aun las irracionales, se muestran agradecidas á los que les manifiestan amor y solo yo he de ser ingrato para mi Dios, que tanto me ha amado, muriendo por mí, y lo que es mas, esperándome con tanta paciencia, y rogándome con el perdon? ¡Que ignorancia! á todos amo por cualesquier bien que me hacen, y solo á Jesus no he de corresponder con fineza! ¡Ah! si yo soy tan desgraciado, que despues de conocer esta verdad no le amo con todo mi corazon, ya merezco que me trague la tierra, que me disipe el viento, que me consuma el fuego, que el agua me ahogue, y que todas las criaturas concurren a mi destruccion. Pero no, no será así, pues ya estoy resuelto á borrar mi ingratitud, con el arrepentimiento de mis culpas, mis iniquidades, con mi llanto y mis crímines, con mi dolor; y pues mi Dios me ama, mi amor para con él, y mi conversion hacia Jesus, hoy ha de ser,

ce María se recoge dentro de su angus-

58.

*Sexta reconvencion de María
Santísima*

HIJO mío, ¿qué haces? ¿hasta cuando vivirás en el pecado? Duélete ya de mí, y busca á mi Hijo, aliviando sus penas y las mías: mueva tu corazón á compasión, siquiera el ver que padece por tu amor, y porque desea tu felicidad. ¡Ah! si mi Hijo padeciera por su propio interés, gloria ó magestad, pudieras ser indiferente para con él: ¿pero es creíble que dándote las mas vivas señales de lo mucho que te ama, no arda tu corazón en incendios de caridad? Ven aca ignorante, ¿cómo has trocado la hermosura del cielo, por la fealdad de tus culpas, al Paraíso por el infierno, y á mi Hijo por un momentáneo deleyte? ¿caso has perdido la razón? Dí, ciego, ¿quién te ha trastornado el juicio? ¿es creíble que hayas dejado á mi Jesus, fuente y origen de todo bien, por Lucifer, que solo pretende tu total y eterna ruina? ¡Que desatino! Dime ¿qué tacha has encontrado en mi Jesus? ¿por qué te ale-

jastes de él, y te fuistes tras la vanidad y el engaño? ¡Ah, miserable! ¿Pensabas que no habia Dios, ni Juez, ni infierno? Pues te has engañado, y lo que siento es, que conocerás tu error cuando no tenga remedio. ¿Qué cuenta darás de tu mala vida? ¿qué responderás á los cargos que te haga mi Hijo en su recto Tribunal, donde ya se habrá acabado el amor con que ahora te ruega, y caeras en manos de su justicia? ¡Ah! ¡infeliz criatura! ¿Es posible que de tantos beneficios como te ha hecho, para hacerte ver lo mucho que te ama, en lugar de sacar miel dulce de gracias y merecimientos, has sacado hiel y ponzoña, con que te vas acercando á el abismo? ¡Dí, alma traidora, mas pérfida que Judas, ¿por qué has vendido á Jesus? por un deleyte, por una palabra, y aun por menos; por un pensamiento sucio: ¿vendieras tan barato á un vil animal? ¡Ah! conoce ya tu ingratitud: vénzate ya su amor, y enmienda tu vida. El amor todo lo vence: ¿pues como ha de ser, que solo tu corazón se resista al amor de mi Jesus; Ea, de una vez deja el pecado,

pues te exhorto á ello desde el abismo de penas en que me hallo: alivia mis dolores, pues estoy pronta á hacerte eternamente feliz.

RESPUESTA DEL PECADOR.

MADRE amabilísima, afligida Reyna de mi alma: yo no puedo menos, que avergonzarme de mi ingratitude, á vista del amor con que tu Jesus me busca, y me lo ha demostrado desde el árbol de la cruz, donde padece por mí. Yo he sido el objeto de su amor, no obstante mis pecados: ¿pues como no ha de ser tambien mi Jesus, el blanco de mis caricias, cuando el provecho es para mí! Basta de pecar: mi corazon solo es ya para Jesus, pues nada me ha amado como él: suplicadle, Reyna amada, que no entre conmigo en cuenta; y haz que ahogue mis culpas en el mar bermejo de su Pasion. No permitais, que se pierda una alma, que tanto le ha costado: quien ha hecho lo mas, ¿por que no hará lo menos? Presto, presto, Madre mia, alcán-

zame el perdon, que no sé si en este mismo dia moriré. Estoy confuso y avergonzado, á vista de mis abominaciones. Dame, Señora, tu Santa bendicion, pues sino, ya veo que me quiere tragar el infierno: abierta miro su boca; y me imagino condenado por mis muchos pecados. Madre de misericordia, haz revocar la sentencia de mi perdicion eterna, pues desde ahora prometo la enmienda, y corresponder al amor de mi Jesus: basta ya de serle tan ingrato: reconcíliame á su amistad, pues ésta es la gracia que con eficacia os pido en este santo Ejercicio. Amen.

Meditacion para el sétimo dia.

MADRE mia, entra á considerar la sétima y última causa de los Dolores de Maria, que fué por el poco fruto que su amante Hijo habia de sacar de las criaturas, no obstante los muchos tormentos que por ellas habia padecido. ¡Ah! ¡que desolacion no causó en la Señora, un contraste tan fatal, como el que avasalló su espíritu melan-

cólico, con esta triste consideracion! La dulce María esperaba que a vista de la Pasion de su Hijo, todo el mundo le aclamase y reconociese por su Libertador; pero á escepcion de la pública confesion del Centurion, y de la de otras pocas personas, solo oye resonar las blasfemias y los desprecios de todo el Pueblo. Ella esperaba que la Sangre del Salvador, arrancase á todos los hombres de la esclavitud del demonio, franqueándoles las puertas del cielo; pero solo vé á un Judas, discípulo de su Hijo, hecho víctima miserable de la divina Justicia, y que la mayor parte de los hombres gime todavia bajo la tiranía de la servidumbre. Ella esperaba, que la vista de un objeto tan tierno, sería el atractivo de todos los corazones; pero mira que solo Juan le acompaña en el Calvario, y que los demas Apóstoles y discípulos huyen escandalizados. ¡Ah! ¡alma mia! ¿cual sería el dolor de la Señora, al ver que el Unigénito, que cargó en sus entrañas, y que alimentó con el dulce néctar de sus pechos, acaba de espirar por el bien de sus criaturas; pero que éstas han quedado siempre, por su culpa, cadáveres

vertos, sin la vida de la fé, y sin el alma de la caridad! Ilustrada María con las luces puras de su ciencia infusa, prevé, con la mayor angustia de su corazon, la fatal obstinacion de la Judéa; la deplorable ceguedad del Gentilismo; la triste desgracia de tantas Naciones, que no verian la luz del Evangelio; la indignidad sacrilega con que los cristianos tratarian á su Hijo Sacramentado por su amor; y la reprobacion consumada y eterna con que habian de ser coronados estos delitos: pero sobre todo, lo que mas afligia su espíritu triste, era (miserable pecador, que has meditado estas verdades) el conocimiento que tenia de tus graves culpas, y de la dureza de tu corazon, para rendir la cerviz al suave yugo de la ley ¡Ah! ¿que caliz este tan amargo de angustias para la Señora! Lias fecundas, madres tiernas, ella provoca aquí vuestro dolor: decid, si un Angel os revelase, que el último paradero de un hijo á quien amaseis con ternura, habia de ser un cruel suplicio, un suplicio de penas, un suplicio de infamias, ¿no se llenaria de amargura vuestro corazon? ¿No desearias la muerte como la corona mas

cólico, con esta triste consideracion! La dul

preciosa de vuestras fortunas? Pues ¿qué sería del sagrado corazón de María, que amaba á los pobrecitos pecadores, con mayor ternura que Rebecca á Jacob? ¡Ah! cuando ella ve á tantos hijos destinados por sus pecados á los suplicios eternos, medita su infamia, pondera su crueldad: ese fuego devorador, que nunca los consumirá; ese gusano roedor, que nunca morirá; esa privacion eterna de la vista del Señor, que sufrirá el pecador, la traspasaron de un dolor tan agudo, que avergüenza á todos los tormentos de los Mártires: ¡dolor milagroso, en cuya consideracion, dice San Bernardino de Sena, que él solo, esparcido entre todos los vivientes, los conduciría á la tumba! Si, alma mia, tu perdicion eterna sería la causa mayor de los Dolores de María. Esta, en los dulces transportes de sus penas, exclamaria: ¡Es posible que mis amados hijos los cristianos se han de condenar, despues que el Unigénito de mis entrañas ha padecido tanto, para hacerlos eternamente dichosos! ¿Qué mas ha podido hacer, ni padecer mi Hijo, para que no se pierdan? Aun todavía su sangre derrama la está pronta para lavar

al pecador de sus manchas; sus clavos para sostenerlo; sus manos llagadas para abrazarlo; su costado abierto para esconderlo; sus heridas para curar por misericordia al Eterno Padre; y su muerte para restituirlo á la vida de la gracia. ¡Ah! ¡mi dulce Jesus! no ha podido hacer mas en favor de la criatura, y esto mismo es, lo que llena de amargura su corazón y el mio, viendo el poco fruto que sacamos de nuestros padecimientos, principalmente en tí, alma obstinada é insensible, pues no obstante que la pasion, muerte, y méritos de mi Hijo, han estado todos estos dias, y aun estan á tu favor, todo lo desprecias, y vives gustosa en ese lamentable estado, que te conduce á una condenacion eterna. ¿Quién creyera de tí, alma infeliz, que habias de ser el cuchillo de mi dolor, y la causa de mis tormentos? No seas tan cruel, deja la culpa, y aprovéchate de los padecimientos que por tí padece y sufre Jesus, abandona el pecado, pues de otro modo, yo me quejaré de tu crueldad, y será mi mayor angustia, verte perder sin remedio, por vivir atrevidamente, hecho un enemigo declarado de mi dulce Hijo.

cólieo, con esta triste consideracion! La dul-

66.

REFLECSIONES Y AFECTOS,

A Y Madre mia! ¿no hay valor para ver la dureza de mi corazon: ¿quien creyera que á tal estado me hayan conducido mis culpas? ¿Ha de ser inútil para mí la sangre que Jesus vertió por mi bien? ¿De nada me han de servir sus llagas, sus azotes, sus espinas, sus tormentos, y aun su misma muerte! ¿y por qué? por un vil deleyte, por una vanidad, por una nada: ¡ah! ¡qué dolor! Yo veo para mi confusion, a un Dios de consuelos, abandonado de todos, y entregado á la mas triste desolacion: a un Dios Omnipotente, rodeado de sogas, y conducido con algazára á los Tribunales: á un Dios misericordioso y suave, derrivado en el suelo, por la violencia de un brazo sacrilegio: á un Dios sabio, tratado como loco por los jueces, hecho el oprobio de la plebe; á un Dios santo, castigado como reo, y herido de pies á cabeza; á un Dios de gloria, coronado de ignominia, y espuesto a la irricion del pueblo: á un Dios inocente, conducido con inhumanidad al monte del sacrificio, clavado en

68.

na cruz afrentosa, y elevado entre dos ladrones: en una palabra, yo veo á un Dios lleno de perfecciones, hecho la víctima de todo cuanto el furor tiene de mas inhumano y cruel: ¡y será posible que sabiendo que todos estos dolores los sufre Jesus por mi provecho, los desprecie, y haga inútil en mí su dolorosa Pasion y sus tormentos! No, no sea así Madre mia: moved mi corazon: yo quiero valerme de los superabundantes méritos de mi Jesus: éstos me valgan para resolver mi conversion, y pues todavia me espera amante, hoy ha de ser.

RECONVENCION ULTIMA de María Santísima.

Hijo mio, advierte que en este dia voy á hacerte ya, la última reconvencion, para que doliéndote de mis Dolores, me entregues ese tu corazon, que tanto hace te he pedido, y me has negado. Yo te he reconvenido para que te convirtieras, haciéndote ver todas las causas de mis angustias, esto es, manifestándote la grandeza

cólico. con esta triste consideracion! La dul

69.

del sugeto que padeci6: tu vileza y miseria, por la que ha sufrido tantos tormentos, lo acerbo de sus padecimientos: el lugar donde los sufri6: el desamparo en que lo dejaron, aun sus mas amadas criaturas; y la causa que le oblig6 á este exceso, que fu6 lo mucho que te amaba, y ama: ahora te he puesto tambien presente, que mi mayor tormento y el de tu dulce padre, es, el ver el poco fruto, que de todo esto hemos logrado de los pecadores: y dime ¿quieres tú tambien ser una de estas desgraciadas almas, cuya perdicion han penetrado nuestros corazones del mas vivo dolor? No sea pues así; ya que tantos se pierden, no seas tú del número de éstos infelices, que hacen inútil la Pasion de mi dulce Hijo: ¿acaso éste ha padecido para que tú te condenes? Que se pierda un Gentil, me es doloroso; ¿pues que ancias no sentiré, si tú, llamado á su Iglesia, y especialmente favorecido de él, caes en los abismos? ¡ah! tu vida no merece otra cosa, y si no fuera por la paciencia de mi Hijo, ya serias víctima de su furor! Ea, alma pecadora, esta es la última recon-

vencion que te hago: yo te suplico, que no ofendas mas á tu Padre, á tu Dios, á mi Jesus: No me dejes ya, vuélvete á mi Hijo, no hagas infructuosa su pasion: yo te cubriré con mi manto, y seré tu abogada: ahora ha de ser tu conversion, pues ya no pienso molestarte mas con mis amorosas reconvençiones, que para tí quizás serán, como debian serlo, las últimas que te haga por obstinado é infiel.

RESPUESTA DEL PECADOR.

¡Ay! ¡Madre de mi alma! ¡qué tardo he sido en oír tus clamores! ¿cuando he merecido que tú me ruegues, con lo mismo que yo tanto necesito! ¿Acaso si yo hago inútil la pasion de tu Hijo, no será para mí el daño? ¿No seré yo el infeliz? ¡Ay Señora de mi vida! solo una bondad como la tuya me puede rogar, siendo yo quien tengo ofendido á vuestro Hijo, y el que debia suplicar noche y dia, para que me perdonáse: ¿adónde se ha visto sino en Vos, que el ofendido ruegue, y el perjudicado suplique: pero ya me doy por venci-

do; hay teneis mi corazon Madre amada, y lo que siento ahora es, no habértelo entregado desde tu primera reconvencion: perdoname ésta ingratitud: mirame ya como á tu Hijo; hagamos las paces; seamos amigos; reconcíliame con mi dulce Jesus, y Vos, no os afligais mas: tenga yo el consuelo de que cese tu llanto, cuando veas como se ha aprovechado en mi duro corazon, la pacion dolorosa de tu amable Hijo. Yo propongo muy de veras la enmienda, y no ofenderie jamas mediante sus divinos auxílios: abrazame; ponme á los pies de mi Jesus, pues solo éste vivirá para mi voluntad: haced firme ésta resolucion pues este es el fruto que quiero sacar de éstas meditaciones, como gracia que en ellas especialmente te he pedido. Amen.



CONSIDERACIONES

SOBRE LA PASION

DE N. SR. JESUCRISTO.

SACADAS DE LAS CONFERENCIAS

DEL

M. R. P. VENTURA DE RAULICA.



LEON. 1859.

Imp. de M. Doblado.